

La piel que habita Almodóvar

Francisco José García Lozano

cine

La película número dieciocho de Pedro Almodóvar llega con cierta polémica, con sus grandes detractores y grandes defensores que la consideran una obra maestra. En esta ocasión, Almodóvar entrega una cinta distinta a lo que se espera normalmente de él, y alejada del universo que ha desarrollado en cintas como *Mujeres al borde de un ataque de nervios* o *¡Átame!*, que ofrecen su registro cómico y surrealista más conocido. Las historias de Almodóvar suelen ser o demasiado alejadas de lo común (*La mala educación*) o demasiado corrientes (*Volter*); sin embargo, aquí nos encontramos no tanto con una continuación estilística como con una nueva exploración de géneros cinematográficos. Des-

de el Frakenstein de Shelley a las esculturas de Lousie Bourgeois son numerosos los universos ajenos que Almodóvar hibrida en su última propuesta, pero en todo momento reconocemos la identidad fílmica del autor.

El realizador ha arriesgado bastante con *La piel que habito*, un film en clave de thriller, que remite al cine de Alfred Hitchcock, la estética pop del terror de la Hammer, o las derivaciones más kitsch del *giallo* italiano, el de Darío Argento o Mario Bava. Éstas son las referencias más citadas por Almodóvar, a las que hay que sumar la más evidente: «El lirismo de Georges Franju en *Ojos sin rostro* (1960) también me ha servido de inspiración». En esta última la obsesión

de un padre que quiere cicatrizar su mayor dolor, la vida y el cuerpo destrozado de su mujer, marcan un itinerario guiado por el desafío a lo físico, las obsesiones más variopintas y la insania. Su segundo referente viene de la novela *Tarántula*, de Thierry Jonquet, un libro brillante, duro y audaz: un drama que raya las fronteras del relato de terror con un creador que juega a ser dios, utilizando a otras personas como experimentos de laboratorio. La obsesión del cirujano de obtener una piel sintética, más resistente que la biológica, tiene un punto de vista personal, pero poco a poco se convierte en el eje emocional de una aventura perversa, desmedida y enfermiza. Almodóvar llevaba diez años preparando la adaptación de la novela, y ha llegado a escribir nueve versiones del guión antes de lanzarse a llevarla al cine. Durante el proceso ha fallecido Thierry Jonquet, concretamente en 2009, sin ver la película terminada.

La película de Almodóvar introduce importantes cambios en la obra de Thierry Jonquet, que no ha sido más que un modelo a desarmar para trasladarla a su terreno, para volver a sus personajes y sus temas, incorporando nuevas ideas, pero manteniéndose fiel a su estilo, creando un film *collage*, rompiendo las barreras del géne-

ro, aunque está claro que lo que más le interesaba del texto de Jonquet era todo lo relacionado con la identidad sexual como trasfondo de una venganza calculada, como él mismo recuerda: «Hay procesos irreversibles, caminos sin retorno (...) *La piel que habito* cuenta la historia de esos procesos. La heroína emprende involuntariamente uno de esos caminos, es obligada de una manera brutal a un viaje del cual no puede volver. Su historia kafkiana es una condena dictada por un jurado compuesto de una sola persona: su peor enemigo. El veredicto, en consecuencia, no es otro que una forma de venganza extrema».

Como hemos señalado, Almodóvar ha introducido en *La piel que habito* sustanciales modificaciones con respecto al texto original. Desde que su mujer fue víctima de graves quemaduras en un accidente de coche, el prestigioso cirujano Robert Ledgard (Antonio Banderas) ha dedicado sus esfuerzos a la creación de una nueva piel que hubiera salvado a su esposa. Para desarrollarla, Robert necesita una cobaya humana, cómplice y sin escrúpulos. Con el paso del tiempo, decenas de jóvenes de ambos sexos empiezan a desaparecer de sus casas, en muchos casos por voluntad propia. Y uno de esos jóvenes acaba, contra su vo-

luntad, en la espléndida mansión de Robert, «El Cigarral».

En este nuevo proyecto, el director vuelve a confiar en Antonio Banderas, con quien no colaboraba desde *¡Átame!* (1990). El actor, que en el último año también ha rodado a las órdenes de Woody Allen y Steven Soderbergh, está aquí acompañado por dos mujeres Almodóvar: Elena Anaya y Marisa Paredes que repiten con el cineasta tras sus respectivos papeles en *Hable con ella* (2002). Tiene, es cierto, puntos en común con la citada *¡Átame!*, donde Banderas también interpretaba a un secuestrador, y los personajes extremos y giros imposibles que caracterizan la obra del cineasta. El segundo tramo, en torno a la transexualidad de un personaje, sí recuerda más a sus películas anteriores, concretamente *Hable con ella*, consumando la tesis que ya apuntaba en ésta: la doble piel de la protagonista, en la que bajo las máscaras que ocultan la trágica verdad, se van creando nuevas caretas en el juego de identidad que favorece la epidermis. Banderas, en el papel del doctor Ledgard, consigue crear un personaje frío, terriblemente impenetrable, excesivamente contenido y gestualmente poco expresivo. Elena Anaya realiza también un gran y contenido trabajo, de delicada apariencia, pero de una fuerza te-

rrible. En su complicado papel va mucho más allá en la última parte de la película, donde es capaz de hacer que el espectador vea a través de sus ojos, y se olvide de a quién está viendo realmente.

Destaca en esta película, como en tantas otras del autor, su exquisito desarrollo artístico en todo el apartado ambiental y escenográfico, nada obvio, siempre algo distinta en cada nueva película, pero siempre todo en su sitio, como si ese despliegue visual estuviera donde siempre ha pertenecido. Almodóvar nos demuestra una vez más su capacidad de crear universos visuales extremadamente ricos, y, a ratos, extravagantes, pero digeribles para todo aquel familiarizado con sus imágenes.

La banda sonora es espléndida tanto en su concepto como en su ejecución, aunque a veces cargada en intensidad, pero cuya posterior implantación aúna a la perfección todos los elementos visuales y narrativos, a lo que el músico Alberto Iglesias nos tiene muy acostumbrados. Igualmente parte de que esta atmósfera funcione tan bien, la tiene la estupenda fotografía de José Luis Alcaine, que se vuelve a reencontrar con Almodóvar tras *Volver*.

El desarrollo narrativo, por otro lado, es algo más cuestionable de-

bido a su estructura caótica, pues si bien la exposición de los acontecimientos es desordenada de forma deliberada en una sucesión de *flash-backs* –útiles a nivel informativo, pero excesivamente largos–, termina provocando la desconexión por parte del espectador de la trama principal en el presente, que acaba retomando algo desubicado y con cierta indiferencia (la insistencia inicial en la fabricación de una nueva piel física, termina resultando un mero *mcguffin*). El desarrollo de la historia es típico de Almodóvar, con sus situaciones cómicas y unos deliberados meandros narrativos que no favorecen al conjunto (lo que atañe al ladrón, hijo de la sirvienta de la casa, Marisa Paredes, y antiguo amante de la esposa de Robert).

El manchego reflexiona en *La piel que habito* sobre la venganza, la identidad y el dolor en este experimento cinematográfico inusual, extraño y anómalo que en su conjunto resulta irregular, interesante como *thriller*, pero fallido en su aspecto fantástico. Lo

que aquí sí muestra es una maravillosa habilidad para saber jugar con los géneros sin renunciar en ningún momento a sus señas de identidad, y lo hace con una película que convierte su visionado en una experiencia extraña, incómoda a veces, cargante en ocasiones, pero que, como ocurre en muchas de sus películas, es capaz de sacudir los instintos y las emociones del más pasivo de los espectadores.

Ficha técnica:

T.O.: La piel que habito.

Director: Pedro Almodóvar.

Nacionalidad: España.

Año: 2011.

Duración: 120 minutos.

Género: Drama. *Thriller* psicológico.

Intérpretes: Antonio Banderas (Robert Ledgard), Elena Anaya (Vera), Marisa Paredes (Marilia), Jan Cornet (Vicente), Roberto Álamo (Zeca).

Web oficial: <http://www.lapielquehabito.com>